

para el primer viaje del almirante, ahora todo se allanaba, particularmente respecto de la gente que debía acompañarlo, pues en vez de tener que obligar a nadie, su único embarazo consistía en elegir entre los innumerables pretendientes que se le presentaban para embarcarse con Colón. Las relaciones exageradas de los que regresaron del primer viaje, por una parte, y por otra la vista de los ricos productos llevados por el almirante, habían inflamado los deseos de una multitud de individuos que, ya por satisfacer su codicia, o ya por ir en busca de aventuras extrañas, querían desde luego marchar al **Nuevo Mundo**. Por este motivo, aunque se había fijado en mil el número de los que debían acompañar a Colón en este segundo viaje, subió a mil quinientos, por acceder a la importunidad de los pretendientes, entre los que se contaban algunas personas de calidad, hidalgos y empleados de la real casa. (1). Concluidos, pues, todos los preparativos necesarios para la expedición, se dió Colón de nuevo a la vela del puerto de Cádiz el día 25 de septiembre de 1493, con tres carracas de a cien toneladas y catorce carabelas, que era todo lo que componía su escuadra, la cual, como se vé, era infinitamente mayor que la primera con que salió de Palos.

Después de tocar en la Gran Canaria, arribó Colón a la isla Gomera, donde se detuvo tres días con el objeto de proveer sus bajeles de leña y agua suficientes para todo el tiempo que podían emplear en el viaje. Proveyóse también de algunas terneras, cabras y ganado lanar, para naturalizarlo en la isla **Española**, así como de ocho cerdos, algunas gallinas y otras aves domésticas, que procrearon después con abundancia en las recién halladas regiones, y que lo mismo que las semillas de naranjas, bergamotas, limones y melones, fueron un obsequio que el antiguo mundo hizo al nuevo. Por fin, el día 7 de octubre levó sus an-

(1)—En este segundo viaje de Colón pasó a América D. Francisco de las Casas, padre de Fr. Bartolomé, que adquirió después tanta celebridad por el calor con que tomó la defensa de los indios.

clas de la Gomera, siguiendo el rumbo del S. O., con el objeto de dirigirse más al sur que en su primer viaje, esperando encontrar las islas caribes, de las cuales le habían hecho los indios maravillosas descripciones; y después de un viaje de veintiocho días sin contratiempo alguno, al amanecer del día 3 de noviembre se encontró frente a una de las islas que forman el hermoso archipiélago de las Antillas, a la cual dió Colón el nombre de **Domínica**, por haber sido domingo el día en que la descubrió. No encontrando en ella un anclaje seguro para sus buques, pasó Colón a otra de las islas que tenía a la vista, a la cual llamó **Marigalante**, que era el nombre de su bajel, y bajó a tierra, donde tremoló el estandarte real, tomando posesión de aquella isla y las inmediatas en nombre de sus soberanos. Como no se hallaron en ellas vestigios ningunos de gente, creyó Colón que estaba completamente desierta, y se dirigió a otra de mayor extensión, conocida por los naturales con el nombre de **Turuqueira**, y que el almirante llamó **Guadalupe** por haber prometido a los religiosos de Nuestra Señora de Guadalupe en Estremadura, que daría el nombre de su advocación a alguna de las tierras que descubriese.

El día 4 de noviembre desembarcó Colón en esta isla; y habiendo pasado a visitar un caserío inmediato a la playa, no encontró en él más que algunos muchachos abandonados por sus padres, pues todos los habitantes habían huído al ver que se acercaban aquellos hombres tan desconocidos para ellos. Esta circunstancia le permitió reconocer detenidamente sus habitaciones, en las cuales, entre otros objetos que llamaron su atención, como arcos y flechas con puntas de hueso, vió algunos cráneos colgados dentro de las chozas y que seguramente les servían de vasos ú otros utensilios domésticos, lo que le hizo creer que se hallaba en el país de los Caníbales o Caribes, guerreros errantes que por su carácter feroz y sanguinario, eran el terror de aquellos mares. Muy pronto lo confirmaron en esta idea las relaciones de algunas mujeres que se le presentaron pidiéndole amparo contra aquellos salvajes que las tenían cauti-

vas, y por las cuales supo Colón que los habitantes de esta isla, aliados con los de otras inmediatas, hacían frecuentes irrupciones a las demás islas y aún a la tierra firme, donde saqueaban todas las poblaciones que encontraban, tomando como esclavas a las mujeres jóvenes y hermosas, así como a los jóvenes, a quienes mantenían por algún tiempo para engordarlos y comérselos después. La ferocidad de estos habitantes de las pequeñas Antillas dió su nombre al mar que es todavía hoy conocido por el "mar de los Caribes o de las Antillas".

Por lo demás, el aspecto de la isla de Guadalupe no podía ser más hermoso. Abundaba en ella el algodón y multitud de frutos, muchos de los cuales eran enteramente desconocidos para los europeos. En esta isla fué donde por primera vez encontraron los españoles la deliciosa piña de América, cuya fragancia y delicado gusto les causó tanto placer y admiración. En ella encontraron también algunos gansos domésticos como los de Europa, y multitud de papagayos adornados con su brillante plumaje verde, azul, blanco y escarlata.

Sin embargo, disgustado Colón y sus compañeros de aquella isla por el horror que les causaba la barbarie de sus habitantes, determinaron abandonarla, y dirigirse hacia el rumbo de la Española, a donde deseaban llegar cuanto antes para tener el gusto de ver a los que se habían quedado en ella en el viaje anterior. Pero tuvo necesidad de detenerse, porque Diego Márquez, capitán de una de las carabelas, acompañado de ocho hombres de su tripulación, se había internado sin su licencia hacia ya dos días, y no se había vuelto a saber de él ni de ninguno de sus compañeros, hasta que por fin se presentaron en la playa después de haber andado extraviados durante seis días entre los bosques, expuestos a cada momento a ser presa de los salvajes. No obstante todos los trabajos y aflicciones que habían sufrido en su imprudente correría, y a pesar del gusto que tuvo Colón al volver a verlos, cuando ya los creía perdidos, mandó que el capitán fuese arrestado y se disminuyese la ración a

los marineros, juzgando conveniente castigar así aquella falta de subordinación, y el día 10 de noviembre se dió a la vela de la Guadalupe, tomando rumbo hacia el N. O., en cuya dirección debía encontrar la Española, tanto por lo que le indicaban sus propios cálculos, como por los informes de los indios.

Las mujeres que Colón había tomado en la Guadalupe le aseguraban la existencia de otras islas hacia el sur, y que por el mismo rumbo se extendía también el continente; más su deseo de llegar pronto al fuerte de la Navidad que había dejado en la Española, le hizo renunciar por entonces a aquellos nuevos descubrimientos, dejándolos para más adelante. Siguió, pues, reconociendo el archipiélago de las pequeñas Antillas hacia el N. O.; y dando nombre a cada una de las islas que visitaba, en el orden que se les presentaban, llamó a una Monserrate, a otra Santa María la Redonda, a otra Santa María la Antigua, y a otra San Martín. Dejó de visitar Colón otras varias islas al N. O. y S. E., y estando el tiempo algo tempestuoso, ancló el 14 de noviembre en una, conocida por los indios con el nombre de Ayay, en la que él llamó Santa Cruz. Era esta isla habitada también por Caribes, y no tardaron mucho tiempo los españoles en tener una prueba de su ferocidad, pues habiendo mandado Colón que bajase a tierra un bote con veinticinco hombres para procurarse agua, y obtener si era posible algunas noticias sobre el rumbo que llevaban, se encontraron cerca de la costa una canoa con dos mujeres y algunos indios armados de fechas, con los cuales tuvieron un combate bastante sangriento, del que resultaron algunos heridos de ambas partes, quedando varios de los indios prisioneros en poder de los españoles, quienes los trasladaron a bordo de sus buques, y más tarde los condujeron a España, como una muestra de las horribles tribus de los Canibales.

Continuando Colón su viaje hacia la Española, encontró un grupo de islas de diversas apariencias, pero tan cerca unas de otras, que no creyó prudente entrar en ellas con sus buques,

y dispuso que pasara a reconocerlas una carabela pequeña, la cual volvió con la noticia de que al aparecer eran más de cincuenta, y que todas ellas estaban desiertas. A la mayor de estas islas puso Colón por nombre **Santa Ursula**, y a todas las otras las **once mil vírgenes**.

Es digno de notarse el empeño que manifestó siempre el almirante en poner nombres de santos a todos los puntos que descubría; y aunque ésto hace sin duda mucho honor a su devoción, es seguro que si todos los demás que después de él hicieron descubrimientos en el Nuevo Mundo hubieran seguido su mismo sistema de bautizar los países que encontraban, un diccionario geográfico de la América sería hoy una copia exacta del martirologio romano.

Dejando para más tarde el reconocimiento de aquellas pequeñas islas, continuó navegando a su rumbo, y se encontró con otra mayor, llamada por los naturales **Boriquen**, y a la cual Colón, siguiendo su indicado sistema, puso por nombre **San Juan Bautista**, nombre que no ha conservado, pues hoy es conocida con el de **Puerto Rico**. Visitada frecuentemente esta isla por los caribes, veíanse sus habitantes a cada momento expuestos a sus bárbaros ataques, y la necesidad de defenderse de ellos los hacía estar muy diestros en el uso de la clava y las flechas, para no ser víctimas tranquilas de sus atrocidades. De ella eran naturales casi todos cautivos y cautivas que se habían refugiado en los buques del almirante durante su permanencia en la **Guadalupe**. Detúvose Colón dos días reconociendo la costa de esta isla, y luego siguió su viaje hasta el día 22 de noviembre, en cuyo día llegó a la extremidad oriental de la **Española** (Haití). Luego que se cercioró de que aquella era en efecto la isla que buscaba, siguió costeándola en solicitud del fuerte que en ella había dejado establecido, y por fin, al anochecer del día 27 se encontró frente al puerto de la **Navidad**; más por grande que fuese su impaciencia de volver a ver a los compañeros que habían quedado allí, demoró hasta el día siguiente su entrada en él, y

se mantuvo a una legua escasa de distancia, temeroso de tropezar en las rocas que lo rodeaban, en medio de la oscuridad. Sin embargo, deseando salir de la inquietud que se había apoderado de su ánimo al haber visto en las playas vecinas algunos cuerpos muertos, y al no divisar siquiera una luz en el puerto donde dejó situada la fortaleza, dispuso que se disparasen dos cañonazos, no dudando de que le serían inmediatamente contestados por la parte de tierra, si aquella existía todavía. Empero estas señales, lejos de hacer desaparecer las dudas de Colón y sus compañeros, contribuyeron a aumentarlas, o más bien, a convercerlos de que todos cuantos allí habían quedado, habían desaparecido completamente, pues no se notaba en la playa el menor ruido, ni la más leve señal de que existiese en ella algún ser viviente. Fácil es concebir la consternación que experimentaron todos los recién llegados al convencerse de semejante desgracia, particularmente Cristóbal Colón, a quien, además del natural sentimiento que le causaba la pérdida de sus infortunados compañeros, le ocurrían mil siniestras dudas acerca de la buena fé de los indios y sobre todo, de su cacique, quien tan formalmente le había ofrecido atenderlos durante su ausencia. Ansiaba, pues, porque comenzase la luz del día, para aclarar la verdad, cuando a cosa de la media noche se le presentó una canoa con algunos indios, entre los cuales se encontraba un primo de Guacanagari, en cuyo nombre le entregó dos máscaras adornadas de oro, que le enviaba como regalo. Trató desde luego Colón de averiguar por ellos el paradero de los españoles que habían quedado en la isla; y aunque no había nadie a bordo de las naves que entendiase su idioma, por las señas que dieron, se comprendió que muchos de ellos habían muerto de varias enfermedades, otros en una contienda que habían tenido entre ellos mismos, otros se habían internado en la isla donde cada uno había tomado para sí muchas mujeres, y que por último, los pocos que quedaban en el fuerte fueron sorprendidos y muertos por Caonabo, el fiero cacique de las auríferas montañas de Cibao en

la misma isla, quien además había atacado a Guacanagari, incendiando su ciudad y dejándolo herido en una choza de las cercanías, motivo por el cual no venía en persona a saludar al almirante.

Al día siguiente bajó a tierra Colón con algunos de los suyos para reconocer por sí mismo el lugar de la catástrofe, y en efecto no encontró allí más que las tristes pruebas de lo que los mismos indios le habían referido. En el sitio donde estuvo colocada la fortaleza, no había ya más que ruinas incendiadas, cajones deshechos, algunos restos de provisiones regados por el suelo, y varios vestidos hechos pedazos, indicando todo la destrucción y el saqueo de que aquella había sido víctima. Como una de las instrucciones que Colón había dejado a los que quedaron en el fuerte fué la de que enterrasen el oro que recogieran, o que en el caso de que hubiese un peligro violento, lo echasen en el pozo construído en el mismo fuerte, mandó ahora que se hicieran algunas excavaciones, pero en vez de hallar el oro que se buscaba, solo encontraron once cadáveres que, por los restos de sus trajes, no pudieron dudar que eran los de sus desgraciados compañeros. Apesar de todo lo que veía, desconfiando todavía Colón de la buena fé de Guacanagari, se adelantó a reconocer la población en que éste residía, y no encontró en ella más que ruinas y escombros, lo cual no le permitió ya en efecto dudar de que había sido envuelto en el mismo desastre que concluyó con la guarnición española. Después, poniéndose de nuevo Colón en amistosas relaciones con los naturales de la isla, supo por ellos todos los pormenores del trágico fin que aquélla tuvo.

Creyendo que merecen particular mención entre los hechos que voy narrando las causas que provocaron la destrucción del primer establecimiento europeo en América, copiaré aquí a la letra lo que sobre él refiere el Sr. Irving, con lo cual se tendrá una idea exacta de todo lo ocurrido en aquel acontecimiento.

“Es digna de noticia, dice, esta primera huella de la civilización en el Nuevo Mundo. Los que había dejado Colón en la isla, dice Oviedo, exceptuando el comandante D. Diego de Ara-

“na, y otros dos o tres, eran poco capaces de seguir los preceptos de tan prudente varón, ni de desempeñar los críticos deberes que se les habían impuesto. Se componía la pluralidad de ellos de gente soez, o de marineros que no podían conducirse en tierra con sobriedad y moderación. Apenas perdieron de vista la vela del almirante, se les desvanecieron del ánimo todas sus órdenes y consejos. Aunque no eran más que un puñado de hombres, rodeados de tribus salvajes, y sin otro amparo que su propia prudencia y la bondad de los naturales, empezaron a cometer desde luego los más feroces y crueles abusos. Los incitaban a perpetrarlos su avaricia y grosera sensualidad. Quería cada cual de por sí un cofre de oro, y no se contentaban con el buen éxito logrado entre las mujeres indias, a pesar de haberles dado Guacanagari a cada hombre dos o tres esposas por lo menos. Se apoderaban por ilícitos medios de los ornamentos y propiedad de los indios, y les seducían sus mujeres e hijas. Ocurrían entre ellos mismos incesantes y fieras querellas sobre los malganados despojos, o los favores de las beldades indias; y veían con asombro los sencillos isleños aquellos hombres a quienes habían adorado como venidos de los cielos, abandonados a las pasiones menos espirituales de la tierra, y acometiéndose los unos a los otros con ferocidad más que brutal.

“Pero ni estas disensiones hubieran sido peligrosas conservando el grande precepto de Colón, de no separarse de la fortaleza, ni relajar la vigilancia militar, precauciones que pronto olvidaron. En vano interpuso su autoridad D. Diego de Arana; en vano se presentaban cuantos motivos podían ligar a los hombres en un país extranjero. Acabaron la subordinación, la unanimidad y el orden. Muchos abandonaron el fuerte y vivían descuidadamente y al acaso por las cercanías; cada uno existía sólo para sí, o se asociaba, cuando más, con alguna pequeña partida de confederados, para injuriar y despojar a los otros. Así empezaron las facciones, hasta que se levantó la ambición para completar la ruina de aquel mímico imperio.

“Las dos personas que había dejado Colón como lugartenientes
“o sucesores en el mando en caso necesario, Pedro Gutiérrez y
“Rodrigo de Escobedo, se aprovecharon de estos desórdenes,
“aspirando a participar de la autoridad, y aún a ejercer la su-
“premacía. Acaecieron violentas contiendas, en que fué muerto
“un español llamado Jácome. No habiendo logrado su objeto, se
“marcharon del fuerte Escobedo y Gutiérrez con nueve de sus
“partidarios y muchas mujeres; y todavía resueltos a mandar,
“volvieron sus pensamientos a distantes empresas. Habiendo
“oido maravillosas descripciones de las minas de Cibao, y de las
“doradas arenas de sus montañas y ríos, salieron para aque-
“l distrito, confiados en atesorar en él inmensas riquezas. Así se
“desentendieron de otra importante orden de Colón, prohibiéndo-
“les salir de los amistosos territorios de Guacanagari. La región
“a que fueron estaba en lo interior de la isla, en la provincia de
“Maguana, regida por el famoso Caonabo, llamado el Señor de
“la Dorada Casa. Este nombrado caudillo era caribe de naci-
“miento, y poseía la fiereza y el genio emprendedor de su nación.
“Había venido a la isla como un aventurero, y adquirido por su
“valor y capacidad tanto ascendiente entre aquellas gentes
“sencilas y pacíficas, que llegó a ser uno de sus principales
“caciques. Se celebraban por toda la isla sus hazañas marciales,
“y le temían los habitantes universal y pavoroso respeto por
“su origen caribe.

“Caonabo había por mucho tiempo mantenido grande impor-
“tancia en la isla como héroe de aquel mundo salvaje, cuando
“los bajeles europeos aparecieron inesperadamente en las costas.
“Las asombrosas pinturas de su poder y proezas, llegaron hasta
“las montañas de Caonabo, que no carecía de razón para per-
“cibir que había de declinar su consecuencia ante tan formida-
“bles invasores. La partida de Colón le hizo esperar que sólo
“fuese su intrusión pasajera; y las discordias y excesos de los
“que quedaron, movieron al par de su odio su confianza. Apenas
“llegaron a sus dominios Gutiérrez y Escobedo con sus gentes,

“creyó seguro el triunfo que deseaba de los aborrecidos ex-
“tranjeros. Se apoderó de los fugitivos, y les dió instantánea
“muerte. Juntó luego en secreto sus súbditos, y concertando
“planes con el cacique Mayreni, cuyos territorios lindaban al
“occidente con los de Guacanagari, determinó dar un repentino
“asalto a la fortaleza. Salió de sus montañas, atravesó silencio-
“samente vastísimas florestas, y llegó con su ejército cerca del
“pueblo sin haber sido descubierto. Confiados en la suave y
“pacífica condición de los indios, habían los españoles olvidado
“las precauciones militares, y vivían en la más descuidada segu-
“ridad. Sólo quedaban diez hombres en el fuerte con Arana, y
“éstos parece que no tenían guardia alguna. Los otros estaban
“alojados por las cercanías. En el silencio de la noche, cuando
“todo estaba envuelto en tenebroso y profundo descanso, se lan-
“zaron Caonabo y sus guerreros con espantoso alaridos sobre la
“fortaleza, se apoderaron de ella antes que los españoles tuviesen
“lugar de tomar las armas, y rodearon e incendiaron las casas en
“que los otros blancos dormían. Quedaron los europeos completa-
“mente sorprendidos. Ocho huyeron al mar delante de los
“salvajes, y se ahogaron en ella; los demás fueron despedazados.
“Guacanagari y sus súbditos pelearon lealmente en defensa de sus
“huéspedes; pero no siendo de carácter marcial, quedaron con
“facilidad derrotados; Guacanagari fué herido en la acción por
“la mano de Caonabo, y su villa reducida a cenizas.

“Tal es la historia del primer establecimiento europeo en
“el Nuevo Mundo. Presenta en diminutiva escala un epítome
“de los groseros vicios que degradan la civilización, y de los
“grandes errores políticos que subvierten a veces los más poten-
“tes imperios. Las leyes y el orden, relajados por la licenciosa
“corrupción; sacrificado el bien público a los intereses y pasiones
“particulares; agitada la comunidad por disensiones facciosas,
“hasta que barrenaron y destruyeron el todo dos demagogos
“ambiciosos, por gobernar un pequeño fuerte en el desierto, y
“obtener el mando supremo de treinta y ocho hombres”.

En vista de la destrucción de la fortaleza y de las casas establecidas en la Navidad, se hacía necesario construir otras para habitaciones de toda la gente que venía en la expedición; más ya a consecuencia de las desgracias que tanto por mar como por tierra habían sufrido en aquel punto, como por ser el terreno bajo y pantanoso, y no encontrarse en él piedra para la construcción, dispuso Colón que fuesen unas carabelas siguiendo la costa inmediata en busca de un puerto más sano y seguro, y no habiéndolo encontrado, se dió a la vela con toda la flota el 7 de diciembre, para reconocer por sí mismo la costa, y ancló en un puerto que, tanto por la hermosura de la vegetación que engalanaba la tierra, como por los informes que le dieron los naturales de no estar lejos de las montañas de donde se sacaba el oro, le pareció el más a propósito para establecer la población. Procedióse desde luego al desembarco de la gente, a construir las habitaciones necesarias, trazándose las calles y plazas en un orden regular, y muy pronto quedó así fundada la primera ciudad cristiana en el Nuevo Mundo, a la cual puso Colón el nombre de *Isabela*, en honor de su real patrona. Más tarde, fué abandonada esta ciudad por lo mal sano de su clima, y se fundó otra, que se llamó *Santo Domingo*, que por ser durante mucho tiempo la única población de la isla, dió a toda ella su nombre.

Una vez descargados los buques, determinó que con excepción de cinco de ellos que debían quedarse para el servicio de la colonia, regresasen los demás a España, y el día 2 de febrero de 1494 levaron en efecto anclas del puerto de la *Isabela*, al mando de Antonio Torres. Grandes eran sin duda los deseos de Colón de enviar a sus soberanos con aquella flota una cantidad considerable de oro, para darles una nueva prueba de las riquezas que encerraba el Nuevo Mundo por él descubierto, más no le fué posible, porque aunque con este objeto hizo antes que se internasen por diversos rumbos en la isla Gorvalan y Alonso de Ojeda, para explorar el país y recoger la mayor suma que pudiesen del precioso metal, no consiguieron éstos en su correría sino cantida-

des insignificantes. Envío sin embargo, éstas como muestras del oro que se encontraba en las montañas y ríos de Cibao, y algunas plantas curiosas o de valor, procurando disimular la cortedad de aquella remesa con una carta dirigida a los reyes, en la cual les hacía poéticas descripciones de la feracidad de la *Española*, así como de las grandes riquezas de todo género que en ella se debían encontrar, y les ofrecía mandarles pronto abundantes sumas de oro y otros objetos preciosos, disculpándose de no hacerlo desde luego por no haber tenido tiempo, ocupada como estaba toda la gente en la construcción de la ciudad. Encargábales a la vez que le mandasen algunas provisiones, medicinas y ropas, y también varios caballos, los cuales le eran muy necesarios, tanto para el trabajo de las obras públicas, como para el servicio militar por el espanto con que los indios veían estos animales. Por último, encargaba también que le enviasen un número regular de operarios diestros para las excavaciones de las minas y para la fundición y purificación de los metales.

Después de la partida de aquellos buques, determinó el almirante hacer en persona una incursión a las montañas de Cibao; pero mientras se ocupaba de todos los preparativos necesarios para efectuarla, tuvo noticia de que se tramaba una conjuración por algunos descontentos, unidos con Bernal Díaz de Pisa, contador de la expedición, quienes habían resuelto apoderarse de los cinco buques que quedaban en el puerto, y marcharse con ellos a España, donde se proponían acusarlo de haber exagerado las riquezas de los países descubiertos, los cuales, en su concepto, no merecían poblarse, supuesto que no se encontraba allí el oro con la facilidad y prontitud que ellos se habían prometido. Luego que supo Colón la existencia de tal maquinación, procuró impedirla, haciendo que todas las armas y municiones de los cinco bajeles se reuniesen en uno de ellos, cuyo mando dió a personas de su entera confianza, y luego hizo arrestar a los cabecillas, castigándolos según el grado de su culpabilidad, aunque no con el rigor que merecía su delito. Esta fué la primera